

— Sí, y me sirvió de mucho. Uno de mis trabajos en Ruedo Ibérico era llevar la colección de poesía y novela, y lo plástico. En los libros de historia intervine poquísimo. Pero sí tuve que ver mucho con la parte documental, y el nombre me permitía pasar todas las fronteras con total tranquilidad. Yo nunca me consideré un exiliado, simplemente me fui para poder ver cine, arte, pintura, leer. Y aunque siempre me consideraron bien en el partido, sólo fui militante de base, aun así mi nombre me permitía entrar maletas con libros, manuscritos, y nunca tuve ningún percance. Debían ser tantos los Antonio Pérez que cruzaban la frontera que gozábamos de una absoluta invisibilidad.

— *Otra leyenda que circula sobre usted tiene que ver con el robo de libros en la librería de Masperó.*

— Sí, había mucha gente que robaba allí libros descaradamente.

— *Se dice que a veces con su consentimiento.*

— No, no, eso es mentira. Y es curioso porque últimamente, como estoy muy mayor, estoy apareciendo en muchas memorias de los amigos: Caballero Bonald, Castilla del Pino, incluso Ferlosio... Allí se puso muy de moda robar libros; como éramos la única librería española y no llamábamos a la policía, se robaba mucho. Pero yo no dejaba robar, y la prueba es que más de una vez pillé a gente robando que se justificaba contando que tenía que prepararse para hacer la revolución, y que necesitaba los libros, y recuerdo que a alguno le daba lápiz y papel para que los copiara en lugar de llevárselos.

— *Estos amigos suyos, Caballero Bonald, Ferlosio, no robarían, ¿no?*

— No, Ferlosio nunca... Caballero Bonald, no, no... Sí sé de mucha gente que ha robado, pero no voy a decir los nombres. Y sé también de mucha gente que después ha dicho que estuvieron en la librería y que robaron libros, y que ni estuvieron ni robaron.

— *No hemos hablado todavía de la aventura de Ruedo Ibérico, creo que los 5.000 ejemplares de La guerra civil española, de Hugh Thomas, tuvieron que almacenarlos en sus casas.*

— Yo vivía entonces en un hotel, en una habitación normal, estrecha, pequeña, con un ventanal. Allí viví varios años, y de una forma descarada iba montando estanterías, y una de las veces que subió la dueña del hotel se quedó escandalizada de cómo había puesto estanterías en todas las paredes. Y allí, efectivamente, tuve que guardar los libros de Ruedo Ibérico, porque durante un tiempo no tuvimos ni un despacho ni un almacén ni nada, sólo una dirección postal donde se recibían las cartas, los manuscritos y los pedidos. Así que teníamos los libros en casa, y salíamos de los hoteles con unas carretillas prestadas por Correos, con libros para enviar. Allí todos hacíamos de todo, lo mismo decidíamos qué era lo que se iba a publicar que hacíamos paquetes.

— *¿Cuándo decide volver a España?*

— Durante años vine, en verano, a la casa de Antonio Saura, aquí en Cuenca, o a Sigüenza, y dos años antes de la muerte de Franco, estando en casa de Antonio, vi que vendían la casa de enfrente, está casa, por 170.000 pesetas. Y pensé que con ese dinero compraba un piso, pero en realidad compraba toda la casa. A mí, que siempre había sido un nómada, me pareció muy emocionante tener un lugar donde estar y donde guardar mis cosas. Aquello coincidió con que se desmorona la editorial, con que tuve una cuestión amorosa, y decidí venirme, cosa que sorprendió a todo el mundo porque yo me consideré carne de París. París es el sitio en el que más a gusto me encuentro, e incluso hoy, sin añorarla porque estoy aquí estupendamente, cuando voy a París me cuesta volver. Incluso juego a que sigo viviendo allí, y cuando voy compro el periódico en el mismo sitio donde lo hacía, voy a comer al mismo restaurante, y cuando me preguntan digo en broma que he cambiado de barrio, que me he mudado. En un principio lo que me movió a vivir en Cuenca fue tener una casa donde podía guardarlo todo, tenía cosas en Madrid y Sigüenza, en casa de mis hermanos, en París... Así que me vine con unos contenedores.

— *¿Y qué había en los contenedores?*

— Carteles, cientos de carteles de exposiciones o carteles publicitarios que cogía de los quioscos, así terminé teniendo miles de carteles; de libros igual: he comprado, me han regalado, y como he trabajado en

librerías y editoriales, he tenido y tengo muchísimos libros, y en pintura tuve la suerte de conocer a los pintores cuando empezaban, y cuando un pintor empieza no vende sino que a sus amigos les regala las cosas. Así que tengo obra de Saura, de Millares, de Pepe Ortega, de Bonifacio más tarde, de todos ellos. Luego también he trabajado como editor, y cuando hacía estos libros con pintores, hacía trueques: cada libro se lo trocaba por obra u otros libros. Y cuando más tarde hice *sobresauras*, esos objetos míos en los que pegaba una lata a un dibujo, se los cambiaba al propio Saura por originales.

— *Quería que habláramos de sus objetos encontrados: esos hierros, piedras, latas que encuentra, y que convierte en objetos artísticos.*

— Es algo complicado de explicar porque no es coleccionismo. A mí, en contra de lo que pensaría algún psiquiatra, algún malpensado, o un lacanista que juega a ver qué objetos reúnes y qué carencia tienes, más que el fetichismo me ha movido ese guiño a la pintura o a la escultura existente. Y durante años, mis objetos estaban al lado de los *sauras*, o los *millares*, no a su altura sino a su lado. La única discriminación que había o podía haber es que yo consideraba arte lo de los otros, y lo mío no, y ahí fueron Gordillo, Saura y Pagola y otros muchos quienes me convencieron de que esos objetos eran *museables*, es decir, objeto de una exposición. Y cuando finalmente se hizo una exposición de mis objetos encontrados en el Círculo de Bellas Artes, en 1994, tuvo mucha repercusión en medios de comunicación, e incluso me propusieron vender algunos de ellos, a lo que me negué. Hace años sí los hubiera vendido, y hubiera vivido de ellos, pero hoy día me puedo permitir el lujo de no tener que vivir de mis objetos, que son para mí, y además soy de una roñosería tremenda para regalarlos, cosa que nunca he sido con obras de arte de otros.

— *Sus objetos siempre plantean una visión irónica, si quiere, del arte contemporáneo, de modo que encuentra sauras, gordillos, chillidas... ¿Nunca le han dicho nada sus homenajeados?*

— Bueno, les encanta. Incluso tenían entre ellos rivalidades porque uno tenía menos objetos que el otro. Sí ha habido alguna escultora

conocida a la que no le ha gustado mucho alguno de mis homenajes, pero en general es la excepción.

— *¿Y el tarro de vilanos?*

— Tarros sí he regalado alguno, a Bonet, a Trapiello, a Saura, a mucha gente, y a Alfonso de la Torre, que hace unos meses organizó una exposición en Madrid sobre la escuela de Cuenca y justamente terminaba, después de Zóbel, Torner, Millares y todos los pintores de aquí, con el tarro de vilanos. Y fíjate, es una cosa muy misteriosa, muy extraña, porque yo los empecé a recoger con 18 años, tanto es así que cuando me fui a París tenía un montón de tarros con vilanos, y en una borrachera maravillosa de ésas en las que caíamos de vez en cuando, los soltamos por la calle, como un canto a la libertad.

— *Creo que a veces le dejan objetos a la puerta de su casa.*

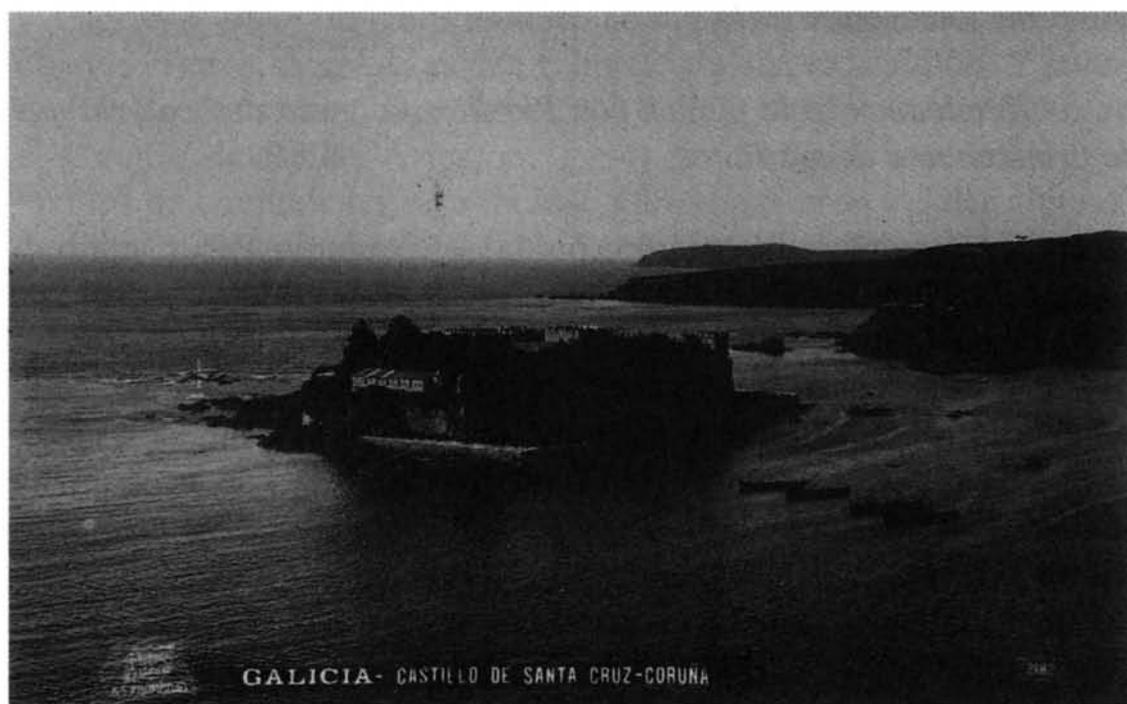
— Sí, me ha ocurrido alguna vez. El otro día iba a un bar aquí al lado y encontré un objeto al lado de casa, pero me dio pereza meterlo en el bolsillo, cargar con él, o volver a casa. Y lo dejé en la acera donde estaba, pero más o menos colocado junto al bordillo. Pues cuando volví me lo encontré en la puerta de casa.

— *Terminamos si le parece con Pío Baroja, y esa dedicatoria que le firmó en uno de sus libros.*

— Si, creo recordar que me ponía: «A Antonio Pérez, cordialmente», era así don Pío. Lo visité a los 18 años en la calle Ruiz de Alarcón, donde vivía, y nada, llamabas a la puerta, salía una viejecita y te hacía pasar. Era ya muy mayor, y te recibía con una manta en el brasero, el pobre, siempre muy cariñoso y nos contaba las mismas cosas, nos divertía su lado anticlerical, y yo le he copiado mucho. Hasta la bufanda la saqué de don Pío, y cuando murió estuvimos con Hemingway, que subió andando, con una gabardina, estaba muy afectado, llorando incluso, porque le tenía mucho afecto, parece que cuando le dieron el Nobel mandó una nota a Baroja en la que decía: «Es usted, que es un escritor, y no yo que soy un aventurero quien merece este premio».

— *Es una frase bonita.*

— Unos días antes había ido a visitarlo a su casa, y apareció en los periódicos la conocida foto en la que Hemingway le lleva una botella de Johnny Walker, y un par de calcetines.



Castillo de Santa Cruz.Oleiros, La Coruña. Tarjeta Postal